



La
esencia
del
SAKE

Joyce Lebra

viceversa novela



La
ESENCIA
del
SAKE

Joyce Lebra

Traducción de
Alejandro Palomas

V viceversa
EDITORIAL



www.editorialviceversa.com

Título original: *The Scent of Sake*

© Joyce Lebra, 2009

Obra publicada originalmente por HarperCollins Publishers.

Traducción publicada con el acuerdo de Avon Books,
un sello de HarperCollins Publishers.

Reservados todos los derechos.

© Editorial Viceversa, S.L., 2009

Calatrava, 1-7 bajos. 08017 Barcelona (España)

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-92819-06-5

Depósito legal:

Impreso por:

Printed in Spain – Impreso en España

Para quienes preservan la tradición



*Cuando Amaterasu emergió [de la oscuridad de la cueva],
la Llanura de los Altos Cielos
de la Tierra Central de los Cañaverales
...se transformó en luz.*

El Kojiki



Capítulo 1

Rie jamás olvidaría el día en que su madre le desveló la identidad de su futuro esposo. Ese día, Rie cepillaba arrodillada en el gélido patio los barriles de madera del sake, unos toneles de tales dimensiones que para levantarlos era necesario emplear poleas y cuerdas. Rie agarró con fuerza el cepillo con las dos manos y restregó una y otra vez hasta que le dolieron los músculos. Entonces se frotó las manos azuladas por el frío y se las llevó a la nariz y la boca. Acto seguido se rascó debajo del pañuelo de algodón que le sujetaba la larga y espesa melena y cambió de postura sobre la alfombrilla de junco en la que estaba arrodillada al tiempo que lanzaba una fugaz mirada entre la nebulosa pantalla de su aliento hacia la puerta de la destilería e inspiraba el penetrante y mohoso olor de la levadura, el mismo que impregnaba cada uno de los rincones de la aireada casona de madera y los edificios adyacentes de la factoría. Las mujeres tenían terminantemente prohibido poner el pie al otro lado de la puerta que se alzaba en toda su oscuridad ante sus ojos.

«El día que una mujer entre en la destilería, el sake se agriará», decían siempre los ancianos. Desde que era apenas una

niña, su madre así se lo había advertido. Sin embargo, Rie no podía evitar disfrutar sobremanera de aquel olor a levadura del sake que impregnaba el aire desde la destilería. Desde muy pequeña había jugado siempre junto a la puerta y junto a los barriles. Cuando era apenas una niña, había esperado, aterrada, que alguien llegara con la noticia de que el sake se había agriado, pero eso jamás había ocurrido. Convertida ya en una mujer y poseedora de sus secretas opiniones sobre lo que las mujeres eran capaces de conseguir, había hecho suya la tarea de lavar los barriles, una labor a la que se dedicaba, cuando sabía que su padre no la veía, como forma de expiación.

Sin embargo, esa vez su padre la sorprendió.

—¡Rie! ¿Cuántas veces te he dicho que no te acerques a la puerta de la destilería? Es demasiado peligroso acercarse tanto al *kura*¹. Además no te corresponde a ti lavar los barriles.

Cuando Rie alzó la mirada vio a su padre cerniéndose ceñudo sobre ella con las manos ocultas en el interior de las mangas del kimono de trabajo de color añil que siempre llevaba. Tenía las cejas blancas como plumas de pollo y salpicadas de escarcha y parecía tieso de ira.

«Entiéndame, Padre», a punto estuvo de responderle Rie. «Comprenda que intento hacer lo que creo que es mejor para usted y para la casa.» Pero una respuesta semejante era sin duda impensable.

Rie se levantó y se limitó a responder inclinando la cabeza y bajando los ojos. Su padre, Kinzaemon IX, el cabeza de familia de la Casa de Omura, era la persona a la que más deseaba complacer en el mundo. Representaba a las nueve generaciones de sus ancestros, un largo linaje al que tanto él como Rie estaban obligados a profesar su on, la deuda que jamás podría ser satisfecha pero a cuyo pago había que dedicar la vida.

Aunque al principio, cuando el hermano de Rie había muerto, con él se habían desvanecido también todos los sue-

¹ Edificio central de la factoría donde tiene lugar la fermentación del sake. (*N. del T.*)

ños y esperanzas de su padre, tras las semanas de duelo de rigor, Rie le había oído pronunciar las portentosas palabras que iban a cambiarle la vida:

—Ahora el futuro de la Casa de Omura depende de ti, Rie. Tú y solo tú mantendrás el honor y la prosperidad de la casa. Recuerda que tienes ante ti una gran responsabilidad.

Era de todos sabido que el de la elaboración del sake era un mundo de hombres y Kinzaemon bien podría haber traído a la casa al hijo de alguna de geisha. Sin embargo, los *chonin* o mercaderes de Kansai a menudo preferían adoptar a un marido para una hija, un administrativo adulto que hubiera dado prueba de su validez y que fuera un valor para el negocio familiar. Era una práctica muy común entre los fabricantes de sake, una buena estrategia empresarial.

Y Rie lo había sentido entonces: había sentido caer sobre sus hombros el peso de generaciones, la esperanza que su padre había depositado en ella. No podía soportar la visión de los ojos tristes de su padre ni el modo en que veía afanarse a su madre cada vez que se acercaba a ella para que no viera que había estado llorando. Rie se había prometido que apartaría de los hombros de ambos el peso de la pérdida de su hermano, de esa carga, y que cargaría con ella como si fuera propia.

Mientras lavaba los barriles, recordaba los grandes ojos marrones y el dulce rostro de Toichi, su hermano menor. Debería haber vigilado más de cerca al único hijo varón de su padre. Toichi había sido responsabilidad suya y ahora ya no estaba. La culpa que la embargaba era una carga con la que tendría que bregar el resto de su vida, el resultado de su descuido y de la despreocupación de su responsabilidad para con la casa. Cuando terminó de cepillar el último barril, lo único que había conseguido eran unas manos azuladas por el frío y la reprimenda que había recibido por parte de su padre.

—Sí, Padre. Pero no quiero dejar esta tarea en manos de nadie. Es demasiado importante. Y no estoy muy cerca de la puerta. —Alzó fugazmente la mirada y volvió a bajarla al instante.

—¡Vuelve a la cocina! —le gritó Kinzaemon.

Rie tuvo cuidado de no mostrar su ira ni su decepción. Volvió a inclinar la cabeza en señal de respeto, soltó el cepillo y corrió hacia la puerta que comunicaba con el pasillo de suelo de tierra que llevaba a las habitaciones de la casa. La cocina. Ese era el lugar destinado a las mujeres. Qué poco razonable por parte de su padre esperar de ella que se resignara a ser una simple joven «cautiva en una caja».

Tras la muerte de su hermano, Rie se había convertido en la primera y única hija de la Casa de Omura. Los samurai sabían muy bien qué hacer con las esposas estériles que sólo engendraban hijas. Siempre podían encontrar a una amante dispuesta a dar un heredero a la casa. Aun así, las casas de los mercaderes Kansai encontraban útiles a las niñas. A las comadronas les gustaba anunciar el nacimiento de una hija. «Es una niña, de modo que la prosperidad de la casa está asegurada.» Indudablemente, el nacimiento de un hijo era sinónimo de riesgo. Había que conformarse con lo que llegaba, y el recién nacido podía ser un niño brillante o uno con pocas luces. El pequeño Toichi había sido un niño brillante. Aun así, con una hija, inteligente o no, la familia disponía de un buen número de candidatos a ocupar el puesto de marido adoptivo de la joven heredera. Y, en el caso de una casa importante como la de Omura, las perspectivas eran múltiples y sin duda excelentes.

Rie sabía que, con la ausencia de Toichi, era apremiante que mostrara interés por el negocio familiar y que aprendiera tanto como le fuera posible de su imperioso padre y de Kin, el secretario general de la destilería.

—Estar al corriente del funcionamiento de la fábrica ayudará a tu esposo en el futuro, y también a la casa. Quiero que nuestra destilería sea la número uno —decía siempre su padre.

Y así, mientras Rie se deslizaba presurosa por el pasillo de tierra apelmazada en dirección al vestíbulo de tarima pulimentada y a las habitaciones de la casa, decidió cumplir con los deseos de su padre. Y hacerlo como muestra de peniten-

cia. «Pero ¿cómo?», se preguntaba mientras pasaba la mano por el oscuro entablado que brillaba bajo la leve y gélida luz de la mañana. Rie se volvió y pasó entonces la mano por el firme y viejo pilar de madera de ciprés que soportaba la casa, la Casa de Omura, la casa a cuyo cabeza hasta entonces no había hecho más que decepcionar. A sus diecinueve años, sus brazos apenas llegaban a rodear ese poste que había sostenido la casa durante nueve generaciones. Aminoró el paso hacia la puerta de la cocina.

—Ah, estás ahí —la saludó una sonriente y rechoncha criada cuyas sonrosadas mejillas revelaban sus orígenes campesinos. O-Natsu le ofreció una taza de té para que se calentara las manos—. Tu madre desea verte, O-Josama —dijo O-Natsu empleando el título reservado a la mujer más joven de la casa—. Te espera en su habitación —aclaró antes de volver a saludarla con una inclinación de cabeza.

—Gracias, O-Natsu. —Rie tomó un sorbo de té y sostuvo durante un instante la taza entre las dos manos, intentando calentárselas. Luego devolvió el tazón a O-Natsu, se ajustó el delantal y el pañuelo y recorrió el helado pasillo antes de subir las empinadas y resbaladizas escaleras de madera que llevaban a la habitación que su madre ocupaba en el segundo piso.

—He vuelto —anunció, arrodillándose delante de la puerta.

—Pasa —la saludó la voz suave de su madre.

La fuerza que ocultaba la voz de Hana era para Rie una inagotable fuente de admiración. Abrió la puerta corredera con ambas manos, saludó con una inclinación de cabeza y dedicó una mirada al refinado rostro de su madre, un rostro que no revelaba las múltiples preocupaciones que se ocultaban tras él. La esposa de un destilador era la responsable de la comida, del cuidado de la casa, de la ropa, de la salud y del bienestar de todos los trabajadores de la fábrica. Rie entró a la estancia de rodillas y se desplazó hacia el *hibachi* para calentarse las manos. Se miró los dedos agrietados y enrojecidos y los tendió hacia las brasas encendidas, frotándoselos con suavidad.

Su madre estaba sentada delante de ella, de espaldas al tocador de paulonia, cosiendo partes de un kimono que había sido desmembrado para blanquearlo. La habitación era un amplio espacio de ocho *tatamis* que disponía de un vestidor adyacente de dos *tatamis*. Estaba sobriamente amueblada según la sensatez típicamente japonesa: una mesa baja lacada, el *hibachi*, el tocador de paulonia y zabuton completaban la decoración.

—¿Dónde estabas, Rie? ¿Otra vez delante del *kura*?

Rie vaciló al tiempo que inclinaba ligeramente la cabeza.

—Sí, Madre. Estaba lavando los barriles. —Acercó su espalda y sus pies mojados a las cálidas brasas y se dispuso a servir el té para su madre y para ella.

—Sabes muy bien que a tu padre no le gusta verte allí. Y menos aun tan cerca del *kura*. Siempre he pensado que no deberíamos acercarnos a la puerta de la *kura*. Y no hace falta que te recuerde que estás poniendo en peligro la pureza del sake.

Hana cortó un hilo con las tijeras y observó su labor con expresión crítica. A pesar de que había intentado enseñarle a Rie la puntada de cierre, Rie no lograba coser con tanta delicadeza como su madre y siempre se sentía incómoda y torpe cuando tenía que vérselas con la labor.

Rie dejó la taza en el suelo y atizó las brasas del *hibachi* con un par de largas varas metálicas.

—Ya lo sé, Madre. Pero no estoy tan cerca de la puerta. Y tengo que trabajar allí si quiero lavar los barriles porque es ahí donde los *kurabito* los dejan cuando han terminado. Además, también es allí donde está el pozo. —Se encogió de pronto al recordar el pozo. Si aquel día hubiera estado más cerca, el pequeño Toichi no se habría caído dentro. En aquel entonces Rie tenía ocho años y hacía apenas unos meses que Toichi había empezado a andar. Cómo iba ella a suponer que el pequeño iba a poder ponerse en pie por sí mismo y precipitarse dentro. Sintió que se le erizaba el vello de los brazos al recordarlo—. Como bien sabe usted, no puedo mover los barriles. Y Toji-san jamás se ha quejado.

—No, era de esperar que no lo hiciera. Siempre te ha tenido mucho cariño. Incluso te dejaba jugar en los barriles cuando eras pequeña. Sabe que puede contar contigo para que perpetúes las tradiciones de nuestra casa. En cualquier caso, no hace falta que te recuerde que el año pasado los Ikeda perdieron toda su producción porque el sake se les agrió. Y debes hacer caso a Padre. Debes obedecerle.

Rie sintió entonces que se le encendían las mejillas mientras apretaba los labios y volvía a tomar la taza de té, calentándose las manos e inspirando la reconfortante fragancia del té verde.

—Lo sé. —Dejó la taza en el suelo y movió una vez más las manos hacia el *hibachi* sin mediar palabra. Hacerlo habría sido una torpeza de su parte.

—Toma otra taza de té, Rie. —Su madre le dedicó una leve sonrisa.

Rie volvió a mirar fugazmente el rostro de su madre y sus ojos recalaron de nuevo en la patricia nariz típica de Kioto y en la particular curva descendente que caracterizaba a las mujeres de aristocrática cuna procedentes de la antigua capital. Se decía que un miembro de la familia de Hana había tenido un romance con una mujer de Kioto. La madre de Rie había heredado el mejor rasgo de la mujer.

—Y otra cosa, Rie...

Rie volvió a mirar a su madre y bajó los ojos. Ese debía de ser el motivo por el que Hana la había mandado llamar.

—Estás a punto de cumplir veinte años y ha llegado el momento de que hablemos seriamente de tu matrimonio. Además, tenemos ya a varios candidatos. Tu padre y yo estamos especialmente interesados en Jihei, el hijo de Okamoto. Ha sido aprendiz en la Casa de Ohara, de modo que tenemos la certeza de que es un joven perfectamente cualificado, y los informes que nos han llegado son buenos.

«¿Jihei?»

Rie levantó los ojos visiblemente alarmada. Intentó recordar qué aspecto tenía Jihei. Sabía que era uno de los admi-

nistrativos que a veces, y a causa de algún recado, se dejaba ver por la oficina.

—Ah, sí. Ahora me acuerdo —murmuró al tiempo que el corazón se le encogía en el pecho. Recordó a un muchacho de nariz grande y cejas tiesas como las de su padre. No podía decirse que fuera el secretario más apuesto. En cualquier caso, no tan apuesto como el tercer hijo de Kato, el muchacho cuya elegante presencia, delicados y cincelados rasgos y largos dedos delataban cierta sensibilidad fuera de lo común. El día del funeral de Toichi, Saburo Kato se había quedado de pie ante ella, le había murmurado sus condolencias y después la había mirado con unos ojos marrones tan intensos que Rie supo al instante que en cierto modo el muchacho compartía con ella su dolor. Que la comprendía. Desde entonces, Rie había reparado en él en más de una ocasión. De haber podido elegir, él habría sido su esposo. Aunque, naturalmente, cualquier posibilidad de elección era una quimera.

—Hemos fijado el encuentro del *o-miai* para principios del mes que viene. Los Okamoto nos han hecho llegar sus propuestas, y no nos cabe duda de la seriedad de sus intenciones. —Hana se interrumpió para hacer girar la taza de té en la mano—. No deseamos posponerlo demasiado. Si lo hacemos quizá se desanimen y busquen a otra candidata. Podríamos celebrar la boda antes del verano.

—Entiendo. —Rie dejó despacio la taza en el suelo con mano temblorosa.

—Quiero que sepas que tanto Padre como yo velamos ante todo por tus intereses.

Rie suspiró e intentó borrar de su cabeza el rostro de Jihei. Afortunadamente, era un rostro fácilmente olvidable. Desgraciadamente, sabía muy bien que lo importante eran los intereses de la casa y no sus preferencias personales.

Hana miró a Rie a los ojos antes de proseguir.

—Los sentimientos personales poco tienen que ver con el matrimonio. Tu padre y yo fuimos afortunados. Nos tomamos cariño después de casados. Y eso es a lo que debes aspi-

rar. —Hizo una breve pausa antes de continuar—. Sabemos que lo entiendes, de modo que pediremos a la señora Nakano que siga adelante con las disposiciones para la ceremonia del *o-miai*. Elegiremos un día de mayo en que la fortuna nos sonría. Siempre me han gustado las bodas que se celebran en primavera. El verano es demasiado caluroso.

Hana se inclinó ligeramente hacia delante.

—Y deberás intentar ser una buena esposa, Rie. Muéstrate dócil. Y no dejes que tus sentimientos te traicionen. —Hana dejó la labor a un lado y miró a Rie a los ojos—. A menudo las mujeres necesitan «matar su propia esencia». De lo contrario, la vida se vuelve demasiado difícil.

«Matar su propia esencia». ¿No era acaso eso lo que ella había hecho cuando había muerto su hermano? Una astilla de culpa seguía clavada en su corazón.

Su madre retomó su labor y se inclinó sobre ella.

—Y recuerda lo afortunada que eres. No tendrás que vivir con tu suegra. Será tu marido quien lo haga. Por tanto, será él quien más deberá poner de su parte para adaptarse —concluyó volviendo a mirar a Rie.

Rie se tapó la boca con la mano. Se preguntó cómo se las habría ingeniado su madre para «matar su propia esencia». ¿Era el sufrimiento por la pérdida del pequeño Toichi? El remordimiento le encendió las mejillas como las brasas del *hibachi*.

—Sí, Madre. —Inclinó entonces la cabeza y salió de la estancia.

Bajó despacio la escalera y avanzó lentamente por la pasarela de madera que cubría el suelo de tierra, colocando deliberadamente una zapatilla delante de la otra. Se deslizó sobre los *geta* de madera y desde allí salió al jardín. Abrió la chirriante y desvencijada puerta y se dirigió por las grandes piedras redondas hacia una roca inmensa. Se apoyó contra ella y desde allí volvió la mirada hacia el estanque de *koi*.

Indudablemente, tenía que ocurrir en algún momento. Cuando los padres se acercaban a los cincuenta años, empe-

zaban a estar ansiosos por dejar solucionada su sucesión. La boda de Rie no podía seguir posponiéndose. Además, su madre había dicho que tanto ella como el padre de Rie se querían, y Rie sabía que era cierto. Quizá lo mismo le ocurriría a ella con su marido. En cualquier caso, no había elección. Tendría que casarse con Jihei y olvidar a Saburo Kato. Aunque no se creía capaz.

Esa noche, se sentó cavilosa delante del tocador. «Matar tu propia esencia», había dicho su madre. «¿Cómo era posible matar tu propia esencia y aun así seguir viviendo, sobreviviendo?», se preguntó ante el espejo. De pronto se acordó de la muerte de uno de los *kurabito*, ocurrida años antes, una muerte que su madre había llorado largo tiempo, casi tanto como con Toichi, como si fuera suya la responsabilidad de velar por la salud de todos los trabajadores de la fábrica.

Rie observó su imagen reflejada en el espejo y reparó en el rostro que, según había oído decir a alguien en la oficina, era el rostro de una granjera, algo que aquel hombre sólo se atrevía a decir cuando el padre de Rie no estaba presente. Rie suspiró. Aunque tenía unos ojos grandes y llamativos, sabía, pues era evidente, que sus dientes sobresalían ligeramente. Sabía también que no era una belleza, en el sentido clásico del término. De pronto se acordó de cómo su padre la había confinado a la cocina, deseoso de mantenerla alejada de la parte empresarial de la destilería, sobretodo de las transacciones que tuvieran que ver con el dinero, algo a lo que las mujeres de las casas de los mercaderes de Kansai tenían prohibido el acceso. ¿Cómo iba Rie a desempeñar su responsabilidad con la casa si no le permitían implicarse en el negocio de la fabricación del sake? Dejó escapar un profundo suspiro y siguió sentada unos minutos delante del espejo antes de tumbarse en el futón.

El matrimonio concertado era el único modo. Rie no «mataría su propia esencia». Encontraría el modo de sobrevivir.

El salón de té más elegante de Kobe había sido reservado para el encuentro entre las dos familias, con el señor y la se-

ñora Nakano presidiendo la reunión en calidad de casamenteros. Rie se mordió el labio y contuvo el aliento cuando, con un elegante kimono azul celeste de la más fina seda, entró a la estancia rodeada de dorados paneles tras sus padres. A pesar de que mantuvo la cabeza adecuadamente gacha durante todo el encuentro, pudo ver que no se había equivocado sobre Jihei. Ciertamente tenía una nariz grande y unas cejas sorprendentes. Siguió mirando fijamente la bandeja lacada que tenía ante ella mientras sus padres y los Okamoto intercambiaban las cortesías de rigor que sellarían su destino. Se mantuvo perfectamente inmóvil, conteniendo tensamente las emociones mientras escuchaba con un vacío cada vez mayor en la boca del estómago.

Unos días después del encuentro, los Omura ofrecieron su propuesta formal. Los Okamoto aceptaron y se eligió el último día de bienaventuranza del calendario de mayo.

Rie dedicó los días y semanas siguientes a probarse el kimono que le pertenecería el resto de sus días. Mientras acariciaba con los dedos el *kasuri*, las telas de seda y brocado, y contaba los días, se preguntaba cómo sería el desconocido que sus padres habían elegido para que se convirtiera en su esposo. ¿Sería quizá tan aburrido como su rostro? ¿O acaso la sorprendería? Poco a poco se acercaba el día de la boda, esa fecha que para toda mujer era la más importante de su vida. Y, si así era, ¿por qué la embargaba semejante desasosiego?